

GOETHE CONSIDERADO EN SU TOTALIDAD *

En su espléndido panegírico necrológico de Goethe (1832), Thomas Carlyle lo presenta como el único hombre de capacidad universal que haya superado todas las etapas humanas de la vida, permaneciendo en todo fiel a sí mismo. Entendía que sólo después de un siglo habría de llegar el momento de comprenderlo en todas sus modalidades y en todo su valor.

¿Ha llegado ese momento? Cien años nos separan ya de la muerte de Goethe. Estamos distanciados de él. Su vida y su actividad muéstranse frente a nosotros en toda su amplitud y profundidad, como ni antes ni después de él ha ocurrido con hombre alguno. Su figura ha sido contemplada en todos sus aspectos: como poeta e investigador, como estadista y ciudadano, como alemán y filósofo, en sus relaciones con los pueblos más remotos, como amigo y amante . . . Todo esto fué Goethe, pero quien quiera comprenderlo plenamente debe considerarlo como una totalidad, discerniendo cada una de sus peculiaridades en el conjunto de sus características. Cualquier otra interpretación resultaría incompleta o desfigurada.

El 14 de julio de 1794 dos hombres, que hasta esa fecha se habían buscado y rehuído, encontrábanse, con asombro, en un camino común: Schiller y Goethe. Cuando en aquel entonces, de vuelta a casa, ya de regreso de una sesión de la Sociedad de investigaciones naturales de Jena, cambiaban impresiones acerca de la disertación que acababan de escuchar, ambos estaban de acuerdo en que "una manera tan fragmentaria de tratar a la Naturaleza no sólo no puede interesar al aficionado, sino que permanece impenetrable hasta para el mismo investigador, y que sin duda puede haber algún modo de estudiarla, no en forma fragmentaria y aislada, sino representándola

* Para VERBUM. Buenos Aires, agosto de 1932. Traducido del alemán por Angel J. Battistessa y Curt José Hurvitz.

en su evolución viva y abrazándola en la totalidad de sus partes”.

Esta era la visión que Goethe tenía de la Naturaleza, y Schiller, con dialéctica aún más aguda, supo comprender de inmediato ese punto de vista, en una de sus cartas: “Abarcáis la Naturaleza en su conjunto para obtener luz sobre lo particular; en la totalidad de sus manifestaciones buscáis la definición del individuo, para construir por último, genéticamente, con los materiales de todo el edificio de la Naturaleza, desde el organismo más elemental hasta el más complicado de todos: el hombre”. Trátase, pues, de un concepto dinámico-genético, basado en una visión genial, muy alejada de la mera especulación filosófica y del análisis minucioso, que sólo parcialmente tiene conciencia de sí “porque el genio permanece siempre en el mayor secreto para sí propio”. Esta visión, con la seguridad de su “mirada observadora que descansa tan pacífica y puramente sobre las cosas”, abarca al mundo, a la Naturaleza y al espíritu en un eterno juego de fuerzas que en el devenir y en la desaparición del individuo como totalidad persevera sin embargo en el ser — porque todo debe diluirse en la nada para perseverar en el ser y “todo impulso y toda lucha es eterno descanso en Dios, el Señor” —. Un gran organismo uniforme que va desde las rígidas formaciones graníticas primitivas, a través de las plantas elementales, hasta las formas superiores del reino animal, hasta la culminación de la Creación en el hombre. ¡Sí, y más lejos aún! El desarrollo se remonta luego hasta alcanzar la esfera de lo puramente espiritual e, ininterrumpidamente, por encima de lo indecible e incognoscible, a Dios, el conservador de todas las cosas, el que todo lo abarca, el alma universal que no empuja desde afuera sino que mueve desde lo interno a esta inmensa totalidad —, uno en todo y todo en uno.

Pero en el centro de esta totalidad de la Naturaleza animada de espíritu divino reside, para nosotros los hombres, lo humano. Esta es la más profunda convicción de Goethe, según se manifiesta con claridad máxima en su estudio sobre Winckelmann: “Cuando la naturaleza sana del hombre se manifiesta en su plenitud, cuando éste se siente en el mundo como en un todo grande, hermoso, digno y venerable, cuando esta armonía

le produce un arrobamiento libre y puro, el universo, entonces, si pudiese tener noción de su propia existencia, gritaría jubilosamente como si hubiese logrado su finalidad y admiraría en ese hombre la cima de su propio ser y devenir. ¿Pues para qué sirve esta profusión de soles, de planetas y lunas, de estrellas y vía lácteas, de cometas y nebulosas, de mundos ya formados y mundos en formación, sino es para que al fin pueda un hombre regocijarse espontáneamente al sentirse feliz con su existencia?"

El hombre es, por tanto, un eslabón en la inmensa cadena del devenir y del ser, un organismo movido desde el interior por un impulso primitivo, la "entelequia", como dice Goethe con Aristóteles. "Forma moldeada que evoluciona viva" —, el hombre se desarrolla de acuerdo con la ley por la cual empezó y aspira a refluir en la totalidad. En esto, Goethe seguía el sentir de Spinoza y el de Leibniz y en cierto modo presentía a Hegel, aunque de un modo tal que no por ello dejaba de constituir, en absoluto, una visión personal goethiana del mundo y de la vida:

"Teilen kann ich nicht das Leben,
Nicht das Innen, noch das Aussen,
Allen muss das Ganze geben,
Um mit euch und mir zu hausen."

Immer hab'ich nur geschrieben,
Wie ich's fühle, wie ich's meine.
Und so spalt'ich mich, ihr Lieben.
Und bin immerfort der Eine." (1)

Esta totalidad es triple: se refiere al momento actual, al conjunto del desarrollo fragmentado de la propia personalidad y, por último, a la inserción de la personalidad en el tiempo, en el contorno y, luego, en el universo.

- (1) "No puedo dividir la vida,
ni separar lo interior de lo exterior:
a todos debo dar mi totalidad
a fin de poder convivir con vosotros y conmigo."

"Siempre he escrito solamente
lo que siento y lo que pienso,
y así me divido, amados,
y permanezco constantemente un todo indiviso."

“Colmar el momento plenamente”, en el goce, en el sufrimiento y en la acción, significa arrojar la fuerza plena del hombre entero en la pequeña y mínima labor del día, detestar toda chapucería hasta en el primor de la letra y en la ordenación rutinaria de los expedientes o de los cartapacios de las colecciones. De esta manera puede Goethe distraerse en las mascaradas y en el trajín cortesano, jugueteando con las muchachitas — “¡en dejarse llevar está el gozo!” —; adiestrarse como funcionario administrativo en el laboreo de las minas, en la leva de reclutas y en los menesteres del gremio de tejedores; auscultar los montes como investigador y con el martillo del geólogo, o examinar un cráneo de oveja en el Lido veneciano, y complacerse luego nuevamente en creaciones poéticas y en representaciones teatrales, y terminar de un solo impulso lo que desde hacía mucho tiempo estaba latente en su interior, cuando perdido en el tiempo y en el mundo tornaba a ser llamado por su demonio, según piensa él mismo en 1806. Así, plenamente como nadie, creando y solazándose, disfrutaba Goethe su vida, y mientras que consideraba feliz al esteta Winckelmann por haber desaparecido en todo su vigor viril — “porque con la misma configuración con que el hombre abandona la tierra discurre luego entre las sombras” — a él correspondía la suerte suprema de aparecer como el hombre completo en cada una de las etapas de su larga existencia: el adolescente completo, el adulto completo, el anciano completo. Para él, abandonarse era recuperarse, perder era ganar. Así creció hasta la plenitud aquella predisposición asombrosamente rica, que afectuosamente atraía hacia sí todo lo que le era propicio y afín, haciéndolo propio, pero que rechazaba resueltamente todo lo que le era extraño; así fué creciendo Goethe hacia la totalidad de una personalidad cerrada en sí misma, con tal plenitud y unidad como nunca antes de entonces había atravesado la tierra; cuantos más eslabones anuales se sumaron a su vida, tanto más *llegó a ser lo que era*. Durante toda esa vida, éste fué su verdadero “negocio principal”: “Nunca me he preguntado qué es lo que quiere la gran masa, ni de qué manera soy útil a la mayoría; más bien he aspirado a ser cada vez más discreto y mejor, a aumentar el contenido de mi propia personalidad y a manifestar de continuo sólo lo que

había reconocido como bueno y verdadero". En el fondo, ésta era la gran línea de conducta que, desde los días del Renacimiento, a través del siglo XVIII racionalista, ascendía hacia el ideal de la libre personalidad en la totalidad de sus modalidades. Goethe es en esto un realizador y, en su conjunto, el último hombre universal.

Asimismo, Goethe fué universal en el sentido de que ninguno como él supo sentirse unido al universo hasta en lo más profundo de su manera de ser. El tiempo era su dominio y también su campo. Pero, cuanto más arraigaba en su terruño, tanto más vigorosamente ascendía el tallo hacia arriba, con tanta mayor plenitud tendía la copa hacia la luz de lo extra-temporal. A ninguna fuerza humana le había sido dado alcanzar esta última meta —: "¡En los matices reside la vida!" —. Para llegar a esa meta era preciso contar con la ayuda del amor venturoso — amantísimo —, así en el *Ganimedes*, así en la Margarita-Maria del *Fausto*; marchar decididamente en todas las direcciones de lo finito, significaba dar los primeros pasos hacia lo infinito:

"Du zählst nicht mehr, berechnest keine Zeit.
Und jeder Schritt ist Unermesslichkeit." (1)

Pero el camino hacia lo infinito suponía realizar conquistas diarias en la lucha cotidiana del deber. Retención de los "instintos salvajes", limitación dentro de lo alcanzable, renunciamiento — "¡sólo es verdadero lo que es fecundo!" —, purificación tendiente a lo bueno, lo verdadero y lo bello, perfección en todas y cada una de las modalidades personales. Y, precisamente, es partiendo de este esfuerzo hacia la totalidad que Goethe concebía el singular fundamento de su creencia en la inmortalidad: puesto que la vida terrestre es demasiado breve para esta tarea inmensa, la divinidad debe a la entelequia una segunda existencia sobrehumana, la que trae aparejada la completa perfección.

De este modo se explica, dicho sea de paso, la relación de Goethe con la antigüedad. La huida a Italia fué un gesto

(1) "No cuentas más, no calculas el tiempo,
Y cada paso es inmensidad."

tendiente a la conservación de sí mismo. De nuevo le oímos decir en su Winckelmann: "El hombre es capaz de realizar muchas cosas mediante la utilización adecuada de fuerzas aisladas; es capaz de realizar lo extraordinario gracias a la combinación de varias aptitudes; pero lo único, lo enteramente inesperado, sólo lo realiza cuando en él se reúnen en igual medida todas sus cualidades. Esto último fué el hado feliz de los antiguos; nosotros los modernos estamos limitados por el destino a las dos primeras posibilidades". Limitados por el destino, pero no condenados por el destino. De ahí, pues, que entonces entre en acción el esfuerzo de la libre personalidad y más aún el impulso irresistible de su propia naturaleza en el sentido de emular a los antiguos. Y mientras que su gran amigo y antipoda Schiller pronto se desanima como "innovador sentimental" en su deseo de llegar a ser realmente un hombre completo, y, en consecuencia, prefiere reunirse muy luego a un conjunto social como miembro útil — libertad, patria, dignidad humana —, el hombre cándido Goethe domina el impulso fáustico moderno, cerrándolo en el molde del hombre antiguo completo.

Pero sería una actitud antiguoethiana el detenerse sin más ante esta perfección de la persona de Goethe. Siguiendo sus huellas debemos indagar dónde se encuentra el núcleo germinativo del cual se desprendió el fruto completo después de una lucha de decenios con el ambiente y consigo mismo. A los contemporáneos, el joven Goethe se les aparecía como un trozo de Naturaleza: inagotable en borboteante fuerza vital y creadora, tornadizo en sus estados de ánimo como las olas del mar, cimbreado en sus conmociones intensas como un árbol en el huracán, mudable pero, sin embargo, obediente a una fuerza íntima imperiosa. Y esto era en él algo orgánico, casi vegetativo, tumultuoso, que así se mantuvo hasta a la edad más avanzada, aunque por último, aparentemente, se petrificase.

Así también sentíase Goethe a sí mismo. Cuando en sus poesías da voz a la piedra, cuando saluda como a hermanos al bosque y al soto, cuando las flores y las hierbas se aprietan contra su corazón, cuando sostiene diálogos apacibles con sus amados árboles en la casa quinta situada en el parque de Weimar, o cuando muy de mañana se sumerge en la atmósfera solar, o

cuando de noche baña en el claro de luna la fatiga que precede al sueño, y lee en su alma, Goethe no *vive* la Naturaleza como una eterna fuente de juventud — “y fresco alimento y nueva sangre le absorbo al mundo libre” —, sino que él mismo es una parte de la Naturaleza, próximo a ella y ensimismado en ella como ningún otro hombre. De “cabeza de niño” lo había calificado Herder en Estrasburgo con reprobación acerba, y era un “muy, muy buen muchacho”, según el aserto afable y comprensivo de Wieland. Los niños y los hombres sencillos, “que ante Dios son seguramente los más estimables”, eran los seres que estaban más próximos a su corazón, y hasta en sus años más avanzados esta modalidad infantil torna siempre a sorprendernos en su vivacidad más lozana.

En su mocedad, tanto en el vivir como en el poetizar es “naturaleza actuante”. Se siente impelido, impulsado y empujado; se entrega a los acontecimientos, más soportándolos que resistiéndolos, y, en las situaciones insostenibles, siempre encuentra como única salida la fuga dolorosa. Goethe, propiamente hablando, no poetiza: la poesía se realiza en él; nada arranca a la “hora apática”, lo sublime lo obtiene siempre sólo “en el momento inconsciente”: recoge, plácido y sosegado, impresiones, vivencias, sentimientos e ideas, y espera, pacientemente, a que el núcleo haya madurado hasta convertirse en fruto:

“Die Schale plazt, und nieder
Macht er sich freudig los;
So fallen meine Lieder
Gedrängt in deinen Schoss!” (1)

Es una fuerza primordial de su alma la que sirve de base a todo eso: Goethe es un genio de la visión, es el hombre sensual en el sentido más amplio de esta palabra; su órgano esencial es el ojo que, como el sol, abarca con su mirada investigadora y examinadora cuanto está a su alrededor: “La luna y las estrellas, el bosque y el corzo”. Como el vigía Lynceus, ha “nacido para ver” y está “destinado a mirar”; es un obser-

(1) “La cáscara se abre, y hacia abajo
Se desprende alegremente el fruto;
Así caen mis canciones
Acumuladas en tu seno.”

vador (*Eidetiker*), como los niños y los salvajes, capaz de evocar, llegado el momento, lo ya visto en forma corporizada, de evocar tanto con su ojo interno como con su ojo externo, un visionario cuya fantasía creadora sabe reconstruir plásticamente las representaciones mentales.

Hasta las ideas vivían en él todas envueltas en una claridad intuitiva. Según su propia confesión, no había nada que, como esa clarividencia, patentizase del modo más preciso el punto que lo separaba de Schiller. Cuando durante su primera entrevista, en Jena, Goethe expuso la metamorfosis de las plantas y — ¡qué característico! — con sólo algunas plumadas típicas hizo aparecer una planta simbólica ante los ojos de Schiller, el kantiano, mientras meneaba la cabeza, formuló este reparo: “Eso no es ninguna experiencia, eso es sólo una idea”. Goethe contestó con naturalidad ingenua: “¡Muy grato me resulta el tener ideas sin saberlo, y más aún el poder verlas con los ojos”.

Cuando el mundo y las cosas se reflejan en su memoria así con fidelidad casi fotográfica, cuando su fuerza creadora poética, según su propia y maravillosa comparación, “convierte magníficamente la ola agitada en una esfera cristalina”, es decir, cuando la dispone para una obra artística perfecta en sus elementos formales, este fiel reflejo del mundo no siempre logra la sosegada claridad, la plácida serenidad que canta en sus obras más perfectas. El “olímpico” Goethe es — hasta en su ancianidad — una leyenda. Cuando uno más se le aproxima, nótese que su alma vive más bien en una emoción casi constantemente vibrante y, a veces, convulsiva.

A pesar de su sana ingenuidad y de una abundante surgente de jovialidad serena, propia de la región renana, Goethe no es una naturaleza recia, sino más bien una naturaleza de nervios muy delicados, susceptibles y hasta irritables; una naturaleza de la más exquisita y fina sentimentalidad en su vida sensual y de la más inmediata capacidad de reacción tanto corporal como espiritual. Se halla sometido al “capricho de cualquier presión del aire”, sufre muchísimo bajo la atmósfera húmeda y caliginosa de Turingia, que lo torna incapaz de trabajar y de asumir resoluciones: como Durero siente frío y tiende anheloso hacia el calor y el sol. Vive propenso a las enfermedades y es sensible a los dolores: la producción cons-

tante y una pena moral profunda, como la suscitada por la muerte de seres queridos, lo voltean sobre el lecho de enfermo, sufre grandemente por todo lo que le es desagradable o inadecuado. Por eso vemos la aversión, cada vez más intensa en la ancianidad, contra las perturbaciones y los padecimientos, y ésta va aumentando hasta llegar, a veces, a la insensibilidad artística.

Peró si algo le impresiona inevitablemente el corazón, trastórnale asimismo, del modo más intenso, todas sus maneras de ser. En las profundidades impenetrables de esta alma inquieta acechan oscuras emociones y pasiones, las que con fuerza volcánica lo avasallan y tienden hacia lo alto, aun en los años de su edad más avanzada:

“Nur dies Herz, es ist von Dauer,
Schwillt in jugendlichem Flor.
Unter Schnee und Nebelschauer
Rast ein Aetna dir hervor.” (1)

Son emociones sentimentales y no fuertes y conscientes fuerzas de la voluntad las que lo sacuden:

“Der Gott, der mir im Busen wohnt,
Kann tief mein Innerstes erregen.
Der über allen meinen Kräften thront.
Er kann nach aussen nichts bewegen.” (2)

Goethe no es una naturaleza de luchador y conductor, como la de Lutero o la de Bismarck. Su fuerza de voluntad es más estática que dinámica, más bien duración permanente que impulso impetuoso. Enemigo de todo lo violento y de todo lo revolucionario, se evade tímidamente de las grandes y repentinas decisiones; puede resentirse y despreciar, entusiasmarse y

(1) “Sólo este corazón es durable,
Se dilata en juvenil florecimiento.
Bajo la nieve y la bruma,
Para ti surge bruscamente un Etna.”

(2) “El dios que habita en mi pecho
Puede excitar profundamente mi intimidad.
El que reina sobre todas mis fuerzas
No puede proyectar nada hacia afuera.”

amar, pero no odiar ni destruir. Su frase "bienaventurado es aquel que frente al mundo sabe permanecer sordo a los requerimientos del odio", constituye su más íntima confesión sentimental. Bien es cierto que más tarde acertó a guiar a jóvenes con la plenitud de su sabiduría de vivir, pero no fué arrastrándolos tras sí impetuosamente. A él mismo, en el tiempo en que era estudiante en Estrasburgo, ya lo había conducido Herder; él mismo se doblegaba dócilmente bajo la mano suave de Carlota von Stein, él mismo se dejaba arrastrar por el vuelo audaz de Schiller, y hasta gustaba agradecer sugerencias e impulsos a un alma tan apocada como la de Eckermann.

Así, lo que en su juventud parecía a sus contemporáneos como fuerza titánica, como energía actuante, sólo era, en verdad, "plenitud del corazón", superabundancia de sentimientos de un "muy, muy buen muchacho" que bien podía crear al caviloso y sentimental Fausto, pero no a los hombres de acción Prometeo, Mahoma y César. Si en la ancianidad bien podía el olímpico Zeus encolerizarse y tronar entre las nubes, no podía en cambio lanzar a la tierra rayos destructores.

Individuo tan rico y tan dócil, tan abierto a todas las impresiones externas y tan cerrado frente a sí y en sí mismo como para mejor retener dones e inclinaciones, pero por otra parte tan propenso a entregarse fácilmente a la indolencia y a la opacidad del ánimo, tan impetuoso en el desear y en el querer, tan indeciso para tomar una decisión rápida, tan naturalmente impelido por fuerzas demoníacas — planeando entonces nuevamente con ala ingrávida por encima de la realidad —, parecía creado, con su impetuosidad mayor que la de cualquiera de sus compañeros, para ser una naturaleza problemática "que no satisface a ninguna situación y a la que ninguna situación le satisface", de continuo en constante peligro — como su prototipo el manantial entre las rocas, en el *Canto de los espíritus sobre las aguas* —, de perderse en el juego tornadizo de las fuerzas, de deslizarse indolentemente por el cauce ya despejado o de perderse en el abismo desde la cima del peñasco de la vida.

La tendencia de su Fausto hacia el cielo, hacia el infinito y hacia el abismo era la experiencia más personal de su vida y más

de una vez habiase situado desesperadamente frente a la puerta oscura de la muerte voluntaria de su Werther.

Pero para el genio, "inquieto como fuegos fatuos", desde la profundidad de la misma Naturaleza no tarda en surgir un don de clemencia divina, fuerzas salvadoras y auxiliadoras que lo acompañan a través de todas las tempestades de la vida, guiándolo y consolándolo, fortaleciéndolo y apaciguándolo, libertándolo e independizándolo; fuerzas que realizan la gran empresa de liberación y de perfección hacia la totalidad con que se nos manifiesta esta vida de hombre:

"In diesem innern Sturm und äussern Streite
Vernimmt der Geist ein schwer verstanden Wort:
Von der Gewalt, die alle Wesen bindet,
Befreit der Mensch sich, der sich überwindet." (1)

Esta es *una* de las auxiliadoras: la fuerza ordenadora que del caos crea un cosmos, que estimula e incita al indolente, que destila moderación en la sangre ardorosa, que encarrila el pensamiento salvaje y alocado hacia lo eterno y lo puro, y que conduce, finalmente, de la tempestad de las pasiones al sosiego depurado del filósofo del mundo. Esa fuerza la debe a su padre, el hombre serio, recto y firme, de sentimientos tan probos y de tan concienzudo amor a la verdad; al padre, que suele ser injustamente pospuesto, como elemento del complejo de Goethe, ante la arrebatadora jovialidad de la madrecita. Entre los goces más refinados, cuéntase el de observar, dentro del desarrollo de su línea de vida, cómo Goethe va coincidiendo poco a poco con la "estatura" de su padre, con la única diferencia de que en el hombre genial las pequeñas cualidades paternas se ensanchan hasta lo grandioso, al punto que no resulta equivocado concebir la lucha íntima de la vida del poeta como el combate perenne entre la madre y el padre. Goethe termina esa lucha realizando una síntesis cabal: una formación perfecta en el sentido de la totalidad, dentro de una personalidad armónicamente cerrada.

- (1) "En esta inquietud íntima y conflicto externo,
El espíritu percibe una palabra de ardua comprensión:
De la necesidad que rige a todos los seres,
Se libera el hombre que se vence a sí mismo."

En efecto; se puede investigar la evolución de la vida de Goethe, hojear sus obras, verle el corazón cuando toma decisiones serias; trátase siempre, en última instancia, de esta lucha entre dos entidades separadas, entre su *primera* naturaleza que se aferra al mundo de los sentidos "con órganos prensiles" y aquella *segunda* naturaleza que lo levanta, por encima de "las tinieblas", a "las moradas de los antepasados excelsos", y a la que termina por considerar como el mayor beneficio de su vida —, evolución de la entelequia hacia la mónada que en su totalidad constituye un espejo y un símbolo del universo.

Empero, lo grandioso de esta lucha estriba en el hecho de haberse desarrollado sólo en reacciones intensas y con amplias oscilaciones pendulares, semiinconsciente o inconscientemente durante la juventud, y en haber sido llevada adelante, en forma ya consciente, durante la madurez. Aquí se realiza aquella admirable autoeducación de Goethe, cuyo adelanto ascendente aún podemos observar como testigos, hoja por hoja, en sus cartas, en su Diario y en sus obras: Egmont y Orange, Tasso y Antonio son representantes de esta lucha; con las *Afinidades electivas* la aspiración tiende ya hacia el renunciamiento; el camino de Fausto, al pasar de hombre entregado a los sentidos a empeñoso hombre de acción, conduce luego a la solución definitiva, pero a este respecto la confesión más fidedigna de Goethe la constituye *Poesía y Verdad* con su significativa divisa: "Ho me dareis anthropos ou paideuetai".

En la *vida* de Goethe, la última batalla fervorosa entre sus dos naturalezas, entre sus dos *almas*, es el amor que a los setenta y cuatro años siente hacia Ulrica von Levetzow, que sólo cuenta dieciocho, y cuyo parte victorioso nos comunica, imperecedera, la *Elegía de Marienbad*.

A partir de esa fecha, Goethe clarifica su modo de ser, tiende hacia el sosiego y la placidez del sabio al que nada de lo humano es extraño y que, luego de dejar tras sí todo "lo vulgar", sabe marchar de lo finito a lo infinito.

Cuando en los últimos años de su vida se arma de continuo de una manifiesta rigidez exterior, de suerte que a las personas que no le están inmediatas se les aparece como un egoísta encubierto, como el tieso consejero áulico que frío e inabordable en lo externo habla y escribe en giros por demás afiligranados,

cuando con frecuencia se compenetra y ensimisma en preocupaciones pequeñas y hasta mínimas con un amor al orden y una manía de registrarlo todo que llega a la pedantería, entonces se advierte en ello no sólo una especie de máscara cómoda, o la necesidad muy comprensible de evitar lo indeseable, hombres o cosas, sino también un deslizamiento, demasiado acentuado, en la índole paterna. Pero, aún entonces, basta que lo estimule un objeto cualquiera, o que le interese una conversación, o un hombre, y en seguida cae la máscara, desaparece el distanciamiento, Goethe entra en conmoción profundísima y en sus rasgos tensos aparece aquella sonrisa tan fina y espiritual que encantaba a todos. El mismo llamaba "conciliación" a esta actitud, pero era más bien el reflujó de su íntima naturaleza que tendía siempre a la tolerancia, a la benevolencia y al amor.

Aquí alcanzamos el rasgo más humanamente hermoso de Goethe. Nadie ha amado tanto como él, nadie ha sido tan amado como él. En su ancianidad, dice una vez mientras bromea con enojo: "Ando mal; ni estoy enamorado, ni hay nadie que lo esté de mí". Designa de este modo, en sentido profundo, la atmósfera vital que respiraba y en la que sólo podía alentar. Necesitaba amor como la planta necesita calor y luz. El amor fraterno y el amor de las mujeres, el amor de los amigos y el amor de la humanidad y, por encima de éstos, el más desinteresado de todos, el amor al Padre omnipotente, pues el que en verdad ama a Dios no puede exigir ser amado, a su vez, como mero individuo. De este modo, la extrema conclusión de la sabiduría de Goethe, de su vivir y de su poetizar, es la profunda convicción en la insuficiencia de la aspiración humana la que, por inquietos que sean nuestros esfuerzos y nuestros afanes, sólo logra corporizarse en acontecimiento, es decir en perfecta realidad eterna, cuando nos salva el amor infinito, perdonador y clemente. En cuanto a esto, la sabiduría de Goethe tiende, particularmente en sus últimos años, hacia el arrobó místico, hacia la visión inmediata de la divinidad considerada en el sentido de Spinoza.

Pero si preguntamos ahora, para concluir, por la última síntesis, por la unidad del hombre y del poeta, por la totalidad de su índole artísticamente humana, nos encontramos con su

fuerza primordial más profunda: la fuerza creadora incontrastable del hombre genial, la que purifica todo cuanto Goethe abarca con el corazón y los sentidos en el crisol de su personalidad profundamente estética, la que todo lo aquilata en una obra de arte formalmente perfecta. Hombre cabalmente perfecto sólo lo es Goethe en la medida en que acierta a ser artista perfecto e, inversamente, como artista sólo logra lo supremo en la medida en que es hombre perfecto. Por eso encontramos en él, de vez en cuando, trechos desiertos, pasajes donde esta unidad no se manifiesta. Donde actúa sin participación íntima, o solamente con técnica poética, no logra más que una obra de fría lisura académica, pero ahí donde cae la chispa viva de su propio vivir, ahí nos proporciona algo cabal, perfecto: "el velo de la poesía llevado por la mano de la verdad". Lo que en la *vida* llama resignación, limitación, dominio de sí mismo, purificación, se traduce luego, dentro de su actividad poética, en dominio del contenido por la forma, en obras clásicas, o, mejor dicho, en unidad indisoluble de la personalidad, lograda tan sencilla y naturalmente como si se tratase de una obra de la misma Naturaleza, inconscientemente creadora.

A cien años de distancia, así se nos aparece hoy la silueta de Goethe contemplada en la totalidad de su esencia y de su modalidad profunda: el adolescente impetuoso, partícipe genial de la Naturaleza, rebosante de sentimiento y de fantasía plástica; el hombre constante en la superación de las obligaciones cotidianas que impone la realidad, aspirando siempre hacia la clarividencia, la moderación y la armonía; el anciano purificado, con la mirada ya fija en lo eterno; el varón perfecto, en ininterrumpida plenitud íntima, vencedor al fin en la lucha trabada entre la corriente inferior, demoníaca, de su disposición natural y la voluntad dominadora, consciente del sentido del orden; el varón universal, perfecto en la medida en que a un ser humano le es accesible la perfección. Un hombre único, que acaso difícilmente volverá a repetirse, pero que al mismo tiempo representa un valor típico supernacional, gracias al cual el género humano ha podido enriquecerse con una de sus figuras más nobles, propiedad nuestra y de todos aquellos que se sienten sus afines. Y así marchará Goethe, según la palabra pre-

visora de Carlyle, a través de otros siglos: "Desde su sepulcro aún nos fortalece el hálito de su fuerza y aún despierta en nosotros un afán más intenso de proseguir en la empresa a la que él dió principio con celo y con fervor: ¡Luz, amor, vida, humanidad!"

WILHELM KEIPER.